

# **Transmisión de la literatura griega**

**Documento elaborado por Ángel Martínez Fernández**



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/es/>

## Transmisión de la literatura griega

1. Es evidente que la parte de la literatura griega que nos ha llegado con relación a la que se escribió es muy pequeña. La problemática de la transmisión se puede abordar en distintas vertientes. Así, serán analizadas las causas de las pérdidas, las fases de la transmisión, la cuantificación de las pérdidas, la aportación de los hallazgos papiráceos y los intentos de reconstrucción de obras perdidas.

Entre las causas más significativas se pueden citar las siguientes: la poca consistencia del material en el que en un principio se escribía (papiro); los incendios que arrasaron a veces los fondos de las Bibliotecas públicas más importantes; los gustos literarios que imponían una selección al abandonar lo que no se ajustaba a tales criterios; el cultivo de la ciencia en las escuelas, lo que en su momento redujo la literatura a compendios y resúmenes; el cambio de formato (a partir del s. I d.C., del rollo al códice).

Frente a estos hechos se produjeron ciertos factores que contribuyeron a la conservación de los textos. Cabe mencionar la creación de bibliotecas públicas, como la de Alejandría donde se reunió y se estudió la literatura griega conocida hasta entonces; ciertos renacimientos culturales, como el del patriarca Focio en el s. IX d.C.; las compilaciones de textos de autores antiguos, como la de Ateneo en el s. II d.C. (*Deipnosophistas*).

2. En la transmisión de la literatura griega se pueden distinguir varias fases: época arcaica y clásica, época helenística, época imperial y época bizantina.

Ciertos hechos, como, por ejemplo, la afirmación de Aristóteles de que leía a Heráclito (s. VI-V a.C.) o que Hecateo comience sus *Genealogías* (s. VI-V a.C.) con palabras orgullosas que se dirigen sin duda a un público, parecen abonar la idea de que el origen del libro griego hay que buscarlo a finales del s. VI o principios del s. V a.C. en el ámbito de la ciencia jonia. Así, E. G. Turner intentó demostrar que para los antiguos el libro era obra de los filósofos jonios y de los historiadores del s. VI a.C. Estos autores serían los primeros que se preocuparon de la transmisión de su obra. No obstante, este hecho no ha sido suficientemente probado. El libro propiamente dicho, esto es, editado por el autor y distribuido de una manera regular por el librero, no lo

encontramos hasta el s. V a.C. en Atenas. En época anterior no se puede hablar de un comercio o distribución regular del libro, sino sólo de la existencia de ejemplares únicos o de copias hechas por particulares. Wilamowitz niega que la literatura del período arcaico tenga carácter de libro. Las primeras obras de los filósofos jonios serían para él una serie de apuntes, de datos que no tienen fidelidad al texto original. Para este autor el libro como tal surge con la tragedia griega.

De hecho la literatura griega de época anterior era una literatura para ser transmitida oralmente. La poesía épica se transmitía de un modo oral mediante las recitaciones de los rapsodos o el aprendizaje de memoria en la escuela. La poesía lírica se componía, no para ser leída, sino para ser cantada o recitada con acompañamiento musical. La elegía era recitada principalmente en los banquetes. La lírica monódica y la coral eran cantadas en circunstancias determinadas, como en ceremonias religiosas, en la celebración de una victoria en los Juegos panhelénicos, etc.

La prosa en época preclásica e incluso a veces en los siglos V y IV a.C., consistía en ὑπομνήματα o apuntes para la enseñanza oral. Así ocurre con los escritos de los filósofos presocráticos, y posteriormente con las ἐπιδείξεις o exposiciones orales de los sofistas. Recuérdese además que Sócrates no escribió, que Platón lo hizo en forma de diálogos, y que las obras conservadas de Aristóteles eran apuntes para sus discípulos. El mismo carácter de ὑπομνήματα o apuntes tenían los escritos hipocráticos, en este caso de la escuela médica de Cos. Al originario *Corpus Hipocrático* se le fueron añadiendo posteriormente otros escritos por considerarlos procedentes de Hipócrates, fundador de la escuela.

Por lo que se refiere a la Historia, téngase en cuenta la tradición de que Heródoto difundió su obra recitándola públicamente. Sin embargo, no ocurrió así con los historiadores posteriores (Tucídides, Jenofonte, etc.), quienes dieron un gran impulso a la edición de libros. Los oradores editaron también sus discursos para conseguir una mayor difusión.

Las condiciones de la tragedia griega son muy distintas a las de la poesía anterior. Las posibilidades de escuchar estas poesías fuera de la representación anual eran muy limitadas. Este hecho unido al creciente interés por este nuevo género poético hizo sentir la necesidad de hacer ediciones.

La tragedia influyó en la edición posterior del libro en varios aspectos, como, por ejemplo, en la generalización del título. En fin, la poesía lírica preática fue suplantada por la tragedia, lo cual ocasionó la pérdida de los más antiguos líricos (Arión y Terpandro) que no llegaron a Alejandría. Por esta razón no existió ninguna edición completa de Píndaro hasta Aristófanes de Bizancio. De un modo similar el poco interés por la filosofía natural jonia hizo que ésta se perdiera en gran medida.

Así pues, a mediados del s.V a.C. en Atenas encontramos los comienzos del comercio regular del libro. En la Comedia Antigua se habla de librero (βιβλιοπώλης), y Aristófanes en sus parodias presupone que el público conoce los grandes poetas trágicos en un grado en el que sería incomprendible sin la lectura de los mismos. En el s. V a.C. empieza a haber bibliotecas privadas pero hay pocas noticias acerca de esto. La tradición presenta a Eurípides dedicado al estudio en su biblioteca. Platón en la Academia y Aristóteles en el Liceo debieron contar con bibliotecas para el uso de sus discípulos. Pero en todo caso, se trataba de bibliotecas privadas, y sólo en época helenística se generalizarán.

A finales del s. V y principios del s. IV a.C. el comercio regular del libro en Atenas se extiende ampliamente. Platón en la *Apología* nos dice que en el mercado se podían comprar por un dracma los libros de Anaxágoras. Debido a la falta de ediciones de garantía que pudieran servir de referencia para las sucesivas copias, en los textos comenzaron a introducirse frecuentemente corrupciones. Platón en el *Fedro* nos advierte sobre las deficiencias en la transmisión de las obras escritas.

En el caso de la tragedia griega hay que tener en cuenta que Esquilo y Eurípides se seguían representando en el s. IV a.C. y que el actor cobra cada vez una mayor importancia y adapta, en algunos casos, las obras a sus necesidades. Con el fin de preservar los textos de la tragedia de las alteraciones Licurgo promulga hacia el 330 a.C. una ley mediante la cual se fijaba en el archivo de la ciudad un texto oficial de los tres trágicos, que los actores debían seguir en las representaciones oficiales atenienses.

A principios del s. III a.C. Ptolomeo I Soter funda en Alejandría el Museo con una gran Biblioteca. Su sucesor, Ptolomeo II Filadelfo, crea el Serapeo, otra biblioteca más pequeña destinada a círculos más amplios, y reserva el Museo para los investigadores. Durante su reinado se llegó a reunir en la Biblioteca casi toda la

literatura griega conocida hasta entonces, unos 500.000 ejemplares, los cuales fueron puestos a disposición de los eruditos. Es importante la labor de los bibliotecarios. El primer director de la Biblioteca en los albores del Museo fue Zenódoto de Éfeso, editor crítico de Homero. Calímaco de Cirene catalogó los libros de la Biblioteca en su obra *Los Pínakes*, que constaba de ciento veinte libros. En ella no sólo se limitaba a hacer una catalogación de los fondos de la Biblioteca sino que hacía verdadera historia de la literatura, con observaciones sobre el autor y su obra. Eratóstenes de Cirene se ocupó sobre la Comedia antigua y creó las bases de la Cronografía griega. Una labor de similar importancia es llevada a cabo, ya en el s. II a.C., por Aristófanes de Bizancio y por Aristarco.

Esta época desempeña, por tanto, un papel muy importante en la transmisión de la literatura griega. El impulso alejandrino se explica fundamentalmente por dos razones. Por una parte, se deben tener en cuenta los grupos de numerosos griegos inmigrantes que se establecen en las cortes de Egipto y de Asia sin mezclarse con los indígenas, y que son precisamente el fundamento de las monarquías helenísticas. Por otro lado, el método de la escuela peripatética consistente en la reunión y comparación de materiales influyó de manera decisiva en los estudios de la escuela de Alejandría. Téngase en cuenta que fue el peripatético y hombre de estado ateniense Demetrio Faléreo, discípulo de Teofrasto, quien aconsejó a Ptolomeo I la creación del Museo y de la Biblioteca. También fue peripatético Praxífanos, maestro de Calímaco.

Los editores alejandrinos realizaron una serie de actividades importantes para la transmisión de la literatura griega. Su primera tarea consistió en reunir y clasificar los textos conocidos en su época y que se conservaban de un modo disperso. Otro trabajo fue la división en libros de la producción literaria de cada autor. Las obras editadas eran precedidas de una Vida del autor y, a veces, de algunos datos referentes a las mismas, como son las *hypotheseis* conservadas de la tragedia, las cuales se remontan a Aristófanes de Bizancio. Se preocuparon también de disponer los textos de la mejor manera posible para facilitar su comprensión. Desde Aristófanes de Bizancio hicieron comentarios seguidos a los textos, *hypomnemata*, con el fin de ilustrar las obras y aclarar los pasajes difíciles. Estos comentarios van a ser la base de los "escolios" de los textos medievales.

Cierta influencia ejerció también en esta época la escuela de Pérgamo, la cual mantenía una rivalidad político-cultural con la de Alejandría. La escuela de Pérgamo,

con la teoría de la anomalía en la gramática y con las interpretaciones alegóricas de la poesía, depende de la escuela estoica. Su principal figura fue Crates de Malo (Cilicia).

En el 46 a.C. un incendio arrasó la Biblioteca de Alejandría. Según Plutarco (*Ant.* 58), Antonio trasladó los fondos de la Biblioteca de Pérgamo a Alejandría con el fin de restituir lo perdido. Finalmente, en 391 d.C. con las luchas entre cristianos y paganos se quemó lo que se había reunido de nuevo. Desde el incendio de la Biblioteca de Alejandría en el s. I a.C. el centro de transmisión de la literatura griega vuelve a Atenas, donde la Biblioteca del Gimnasio Ptolemaico desempeña una función importante. Pero el fin de la ciencia alejandrina se debe a una causa más profunda, cual es la pérdida de independencia de los reinos helenísticos sometidos a Roma. La época imperial está dominada por el aticismo, que intenta imitar a los autores antiguos desde el punto de vista formal, y el retoricismo, que reduce la literatura al ámbito de su enseñanza en la escuela de retórica. El gusto por lo ático aviva el interés por lo griego, pero lo que no se adapta a esos criterios es abandonado. A este movimiento clasicista se debe la considerable pérdida de la literatura helenística y de la preática que se produjo en su mayor parte en los siglos II y III d.C. Con el retoricismo se imponen las antologías y selecciones, que deciden las obras que pasarán.

Del s. I d.C. al s. IV d.C. se produce una modificación importante en la forma de los libros. Se pasa del rollo de papiro, que resultaba incómodo de utilizar, al códice, de papiro primero (s. I y II d.C.), y de pergamino después (s. III y IV d.C.). Este cambio de formato de los libros supuso nuevas pérdidas. Las obras que en el s. IV d.C. se pasaron al pergamino, material más resistente que el papiro, se conservaron durante los primeros siglos de la Edad Media y llegaron al movimiento clasicista del s. IX .

Con la división del Imperio, establecida por Teodosio entre sus hijos (395 d.C.), la separación del Imperio de Oriente se consumó por completo. Comienza así la etapa bizantina (395-1453). En el s. V d.C. la cultura retórica fue decayendo progresivamente. En el 529 d.C. el emperador Justiniano, que persigue entre sus objetivos fundamentales el triunfo de la religión cristiana, cierra la escuela de Atenas por considerarla refugio del paganismo. Desde entonces se impone por completo el cristianismo, que se desinteresa de los autores clásicos. Se produce así una ruptura en la tradición de la cultura clásica. Durante los siglos "oscuros", VII y VIII d.C., nadie se preocupa de leer o de copiar a los autores griegos.

Pero en el s. IX se produce un resurgimiento a lo clásico en un movimiento inspirado por el patriarca Focio de Constantinopla y designado por los propios bizantinos como δεύτερος ἑλληνισμός. Se hacen transcripciones de lo que se considera digno de ser conservado. En la transliteración se utiliza la cursiva en lugar de la uncial, y se introduce la separación de palabras y la anotación de los acentos y espíritus. En 1959 Linos Politis encontró en un monasterio de Macedonia el *Léxico* completo de Focio en un códice del s. XIII, lo que contribuye a un mejor conocimiento acerca del sabio patriarca.

Un digno continuador de Focio fue, a finales del s. IX, el obispo Aretas de Cesárea. En el s. X contamos con la actividad compiladora de Constantino VII Porfirogénito, autor de antologías de historiadores y de obras técnicas. En esta selección había obras que posteriormente van a desaparecer. Así, de Polibio hay mucho más de lo conservado. Del s. X es también el léxico *Suda* que, a pesar de sus noticias interesantes, se debe utilizar con cierta reserva dada la cantidad de errores y confusiones que trae. A finales del s. XI se produce un nuevo renacimiento, en el que vuelven a resurgir los estudios en torno a la tradición clásica. Aparecen temas nuevos en torno a la figura de Miguel Psellos. En el s. XII destacan las figuras de recopiladores que transmiten datos: Eustacio (fl. c. 1160-1192), autor de un extenso comentario sobre Homero y de otros sobre Pindaro, Aristófanes y Dionisio Periégeta; y Juan Tzetzes (c. 1110-1180), comentarista de Homero, Hesíodo y Aristófanes.

La toma de Constantinopla en 1204 por los cruzados supuso la pérdida de autores que llegaron a Focio. El incendio de la Biblioteca fue el último golpe importante para la transmisión de los textos. Pero Constantinopla se rehace de nuevo aproximadamente sobre el 1280 y la labor filológica se reanuda con figuras de relieve como Planudes y Moscópulo. En el s. XIII destacan también en Tesalónica Magister y su discípulo Triclinio.

A partir del s. XIII comienza una nueva etapa importante en la transmisión de la literatura griega: en Occidente se copian los manuscritos griegos. Los centros de transmisión se trasladan de Oriente a Occidente, sobre todo, en los siglos XV y XVI. Ya en el s. XIII eruditos como, por ejemplo, Crisóleras trajeron a Occidente una gran cantidad de manuscritos griegos. Todo esto coincide con la toma de Constantinopla en

1453 por los turcos, y con el comienzo del Renacimiento italiano.

Tras la toma de Constantinopla, los eruditos bizantinos huyen a Italia con sus bibliotecas. De este modo el centro de transmisión de la literatura griega se traslada a Occidente. En los s. XV y XVI surgen importantes bibliotecas donde se van acumulando abundantes manuscritos, como, por ejemplo, la Biblioteca Vaticana de Roma, la Ambrosiana de Milán, la Marciana de Venecia, la Laurenziana de Florencia. Desde este momento el problema de la transmisión ha cesado. Los textos llegados a Italia se han conservado todos. El descubrimiento de la imprenta en el s. XV facilita la transmisión.

A mediados del s. XIX se produjo un hecho importante para el conocimiento de la literatura griega. Fue el descubrimiento de papiros, que se remontan a la misma Antigüedad. Estos papiros a veces nos permiten conocer si la tradición manuscrita ha sido fiel. Por regla general, gracias a los papiros, tenemos la certeza de que la tradición medieval ha conservado con gran fidelidad los textos originales. Otras veces los papiros nos dan a conocer autores que se habían perdido en la tradición manuscrita. Los papiros se han encontrado en Egipto en las arenas del desierto por ser muy aptas para su conservación. Sobre todo, en la ciudad de Oxirrinco que mantenía un gran intercambio económico y cultural con la capital, Alejandría. El hallazgo de papiros en las bibliotecas carbonizadas de Herculano es una excepción.

El estudio de los papiros ha dado lugar a una nueva ciencia dentro de los estudios clásicos, la Papirología.

3. La literatura griega que como resultante de las distintas etapas de la transmisión nos ha llegado, es una pequeña parte del total.

Se hace ahora necesario cuantificar las pérdidas con el fin de establecer una catalogación del total literario, que pueda servirnos para situar las obras que se recuperen o que se puedan reconstruir.

Con anterioridad a los poemas homéricos existió, sin duda, una poesía de carácter épico-lírico, de la que no conservamos nada. Su existencia es probada por numerosos indicios documentados en los poemas homéricos, los cuales adquieren un nuevo valor a la luz de los recientes estudios de literatura comparada aplicados a Homero.

A partir de estos indicios de la poesía homérica y del testimonio de los documentos homéricos se ha postulado la existencia de una literatura micénica, pero



esta denominación resulta ambigua. En las tablillas micénicas sólo se han encontrado documentos referentes a la administración de los palacios y no parece probable que en ellas se puedan encontrar alguna vez textos literarios. En efecto, en época micénica existió una literatura, pero parece evidente que se trataba de una literatura transmitida oralmente y que nunca debió escribirse en el silabario lineal B. Esta poesía épica de carácter épico-lírico se conservó oralmente durante el período de las migraciones que tuvieron lugar tras el hundimiento de los palacios micénicos.

En el s.VIII a.C. los griegos adoptaron el alfabeto de caracteres fenicios apto para reflejar de forma fidedigna la realidad fónica de la lengua. La introducción del alfabeto permitió la fijación de las obras literarias y la creación de otras nuevas. Supuso además un cambio en la composición literaria. En la poesía prealfabética se dependía de un acervo tradicional de fórmulas hechas y la unidad de composición se basaba en oraciones o sintagmas amplios. En cambio, con la escritura la unidad de composición se fijó en la palabra, y con ello se liberó a la poesía de las restricciones impuestas por las frases hechas y se facilitó así la expresión de nuevas ideas. Sin embargo, la adopción de la escritura causó la pérdida de una gran parte de la literatura prehomérica, tanto de la culta como de la popular. En efecto, con el alfabeto se pasó en Grecia de una literatura basada en una memoria auditiva a otra basada en una memoria visual, lo que trajo como consecuencia que los acervos poéticos se fueran olvidando y que lo que de ellos no se fijó por escrito se perdiera.

De la poesía épica arcaica lo perdido supera a lo conservado. Así, se han perdido los poemas del ciclo épico: la *Titanomaquia*, las epopeyas del ciclo tebano (*Edipodia*, *Tebaida*, *Los Epígonos*) y las del ciclo troyano (*Cantos Ciprios*, *Etiópida*, *Pequeña Ilíada*, *el Saco de Troya*, *los Regresos* y *Telegonía*).

Respecto a las epopeyas del ciclo troyano estamos mejor informados, pues contamos con unos resúmenes de Proclo, autor del s. V d.C. Noticias aisladas tenemos de otros poemas que no formaban parte del ciclo, tales como la *Forónida* y la *Danaida*, relacionadas con la Argólide; *Focaida*, referente a Focea; *Toma de Ecalia* y *Cércopes*, en torno a la figura de Heracles, etc.

De Hesíodo conservamos la *Teogonía*, *Los Trabajos y los Días*, y el extenso fragmento titulado *Escudo de Heracles*. Sin embargo, se han perdido otras obras - auténticas o atribuidas- de las que sólo poseemos fragmentos: *Catálogo de las*

*Mujeres o Eas, Egimio, La boda de Ceix, La Melam podia, Enseñanza de Quirón.*

Los fragmentos que conservamos de la lírica popular griega son escasos. A diferencia de otros géneros anónimos o semianónimos, como el escolio, la fábula y el epigrama, en los que la Antigüedad nos ha transmitido recopilaciones o ediciones, en el caso de la poesía popular los mínimos fragmentos transmitidos se encuentran dispersos en las obras eruditas de lexicógrafos, polígrafos, escoliastas, metricólogos, etc., de época más bien tardía. Las causas de su pérdida pueden ser varias, pero posiblemente la principal se debe a la índole misma de los fenómenos folclóricos. Una forma de recuperar parte de lo perdido consiste en rastrear en los autores cultos de las diversas épocas los temas y rasgos formales de la lírica popular.

La lírica literaria la conservamos en un estado bastante fragmentario a pesar de los hallazgos papiráceos. De Alcman sólo poseemos unos pocos fragmentos. Gracias a un papiro conocemos unos cien versos de uno de sus *Partenios*. Del resto de su producción sólo tenemos pequeños fragmentos. De la obra de Estesícoro conocemos muy poco. De entre sus poemas perdidos, de los que conservamos fragmentos, destacan: *La destrucción de Troya, El Regreso de los héroes, Helena y Palinodia*, en el ciclo de leyendas troyanas; *Erifila y Europa*, en el ciclo tebano; *Funerales de Pelias*, en el ciclo de los argonautas; *Gerionea, Cerbero, Cicno*, en el de Heracles; *Dafnis y Cálice*, poemas de tema amoroso; y una *Orestíada*. De todo lo mencionado solamente conservamos una colección insignificante de fragmentos, poco más de cincuenta versos. De la obra de Íbico de Regio que, según *Suda*, comprendía siete libros, nos quedan unos breves fragmentos. En un papiro se nos ha conservado un trozo más extenso de una *Oda a Polícrates* escrita en tríadas epódicas. De los catorce libros con los que los alejandrinos editaron la obra de Simónides de Ceos nos han llegado escasos fragmentos. Su producción comprendía *Himnos, Peanes, Plegarias, Ditirambos, Encomios, Trenos, Epinicios, Elegías y Epigramas*.

De Píndaro conservamos los *Epinicios: Olímpicas* (14 odas), *Píticas* (12 odas), *Nemeas* (11 odas), *Ístmicas* (9 odas, la última sólo con un breve fragmento). Pero se ha perdido una gran parte de su producción, de la que poseemos algunos fragmentos debidos a citas de autores posteriores y a restos de papiros. Nos referimos a *Epinicios, Himnos de dioses, Peanes, Ditirambos, Prosodios, Partenios, Hiporquemas, Encomios y Trenos*. La causa de su pérdida hay que buscarla probablemente en la dificultad de comprensión de este tipo de poesía, destinada fundamentalmente al culto y a fiestas de dioses, con complejas alusiones locales y mitológicas.

Respecto a Baquilides, los alejandrinos ordenaron su obra en nueve libros, de los cuales seis incluían poemas destinados al culto (*Ditirambos, Peanes, Himnos, Prosodios, Partenios e Hiporquemas*), y los otros tres contenían cantos dedicados a hombres (*Epinicios, Cantos eróticos y Encomios*). Pues bien, de esta extensa producción sólo nos quedaban unos cuantos versos hasta que en 1896 un extenso papiro egipcio, editado por Kenyon, nos dio a conocer una parte importante de poemas completos, unos 1400 versos correspondientes a 14 *Epinicios* y 6 *Ditirambos*.

De la poesía citaródica (Arión, Terpandro, Alceo, Safo, Anacreonte) poseemos escasos fragmentos. Asimismo, la elegía y el yambo, con excepción de Teognis, nos son muy parcialmente conocidos.

De la prosa científica arcaica no conservamos prácticamente nada y de los trágicos griegos sólo tenemos una pequeña parte de sus producciones. De la Comedia la pérdida es también considerable. Sólo Aristófanes nos es bien conocido, pero de los demás autores de la Comedia Antigua (Cratino, Crates, Ferécrates, Platón el Cómico, Eupolis), de la Comedia Media, y de la Comedia Nueva con excepción de Menandro (Dífilo, Filemón, Apolodoro), sólo nos quedan fragmentos.

De la literatura helenística conservamos muy poco. Así, en la poesía helenística nos ha llegado total o parcialmente la obra de Calímaco, Apolonio de Rodas, Teócrito, Licofrón, pero apenas tenemos nada de la tragedia helenística, y de los poetas como Riano, Euforión, Eratóstenes, Filitas, Hermesianacte, Fanocles, Simias, Alejandro de Etolia, Cércidas, Sótades, Leónidas de Tarento, etc.

4. Ante un balance tan desalentador de pérdidas, al filólogo le queda cierta actitud esperanzadora por los recientes hallazgos papiráceos, que han restituido una parte, pequeña pero no por ello poco importante, de la literatura perdida. Los papiros de contenido literario son los más abundantes, aproximadamente unos tres mil, de extensión desigual. Estos papiros contienen textos de obras y autores conocidos, más o menos divergentes con los de la tradición manuscrita, y otros de obras y autores que creíamos perdidos. Entre las aportaciones de nuevos textos citaremos a modo de ejemplo algunas de ellas. En el ciclo épico tenemos dos papiros con fragmentos sobre la *Etiópida* (*Papiros de Oxirrinco* 1611, 3, 146 y 2510). La lírica popular griega ha sido muy poco favorecida. Se ha encontrado un papiro con un *Peán a Euro* (*PMG* 858). Entre los cantos convivales figura un papiro con unos diecisiete versos (*PMG*

917).

Alcmán es un autor que nos es conocido especialmente por un papiro descubierto por Mariette en 1885 que nos dio a conocer unos cien versos de uno de sus *Partenios*. Los papiros nos han ofrecido también nuevos textos de Estesícoro (*PMG* 193, *Palinodia*; *PMG* 209, *Regresos*; *PMG* 217, *Orestíada*; *PMG* 222, *Cazadores del jabalí*; *PMG* 233, de procedencia incierta), de Íbico (*PMG* 282, 298), y de Simónides (*PMG* 511, *Epinicios*; *PMG* 519, fragmentos de *Epinicios* y *Peanes*; *PMG* 541, 608, de procedencia incierta).

Baquílides ha sido uno de los autores más favorecidos por los descubrimientos papiráceos. En 1897 Kenyon publicó los restos de dos rollos de papiros adquiridos por el Museo Británico, en los que podían leerse, con no demasiadas lagunas, trozos de catorce odas y seis ditirambos. Posteriormente se le agregaron algunos fragmentos más pequeños.

De Píndaro los papiros nos han aportado algunos fragmentos sobre la parte de su obra perdida en la transmisión textual (*Pap. Mus. Louvre* 7734, *Epinicio*; *Pap. Oxy.* 841, 1791 y 1792, *Pap. Berol.* 13411, *Peanes*; *Pap. Oxy.* 1604, *Ditirambos*; *Pap. Oxy.* 659, *Partenios*; *Pap. Oxy.* 408 y 674, *Pap. Soc. It.* 145 y 146, *Pap. Ryl.* 14, *Pap. Harris* 21, de incierta clasificación).

La lírica monódica ha sido especialmente favorecida por los hallazgos de papiros. Safo, Alceo, Anacreonte, Corina de Tanagra y Erina de Telos, son mejor conocidos gracias a la ubérrima cosecha que los papiros de estos autores nos han proporcionado.

La elegía ha sido muy poco favorecida por los papiros. De Tirteo se conoce un extenso fragmento de un papiro berlinés (*Pap. Berol.* 11675). En cambio, los yambógrafos han sido enormemente favorecidos por los descubrimientos papiráceos. La obra de Arquíloco e Hiponacte es mejor conocida gracias a los papiros.

Las aportaciones papiráceas en la tragedia son también importantes. De Esquilo los papiros nos han dado una idea relativamente exacta del drama satírico los *Dictiulcoi* o *Pescadores con redes*. Asimismo, se han encontrado fragmentos de obras que se creían perdidas. Así, un fragmento de veintidós versos de la *Níobe* nos conserva el parlamento de la heroína en el que esta describe su dolor. Otros fragmentos nos aportan un conocimiento sobre las demás piezas de la Tetralogía de la que formaba parte *Los Siete contra Tebas*. Algunos breves fragmentos pueden ser atribuidos al *Layo*, y dos pequeños papiros parecen pertenecer al drama satírico la

*Esfinge*. Cabe mencionar también la ayuda aportada por un papiro a la cronología de Esquilo al ofrecer una datación baja para las *Suplicantes* frente a la convicción general.

De Sófocles conocemos gracias a los papiros una parte considerable del drama satírico los *Ichneutai* o *Sabuesos*.

De Eurípides los papiros nos han proporcionado importantes fragmentos de obras perdidas, como *Antíope*, *Hipsípila*, *Alejandro*, *Cretenses*, *Melapine cautiva* y *Melanipe la sabia*, *Pirítoo* y *Estenebea*, etc.

De la Comedia los papiros nos han aportado abundantes fragmentos (Epicarmo, Cratino, Eupolis, Filemón, Estratón, Apolodoro, etc.). Pero el autor más favorecido ha sido Menandro. Tenemos extensos fragmentos papiáceos de obras perdidas, como la *Samia*, *El Arbitraje*, *El Sicionio*, *El Impopular*. En 1959 V. Martin publicó el hallazgo más importante de Menandro, un papiro de la Biblioteca Bodmeriana con el texto del *Díscolo* prácticamente completo.

En cuanto a la poesía helenística, cabe destacar la aportación de textos de Calímaco (de los *Aitia*, *Yambos*, y poemas líricos).

5. Ante el hecho de la literatura perdida la filología clásica se impone la tarea de reconstruir total o parcialmente las obras perdidas, ya su contenido o su estructura formal. Los medios de los que el filólogo dispone para su reconstrucción de los textos perdidos pueden ser varios. En unos casos se trata de medios puramente textuales, como los escolios, y los autores de la tradición indirecta, quienes nos atestiguan la existencia de una obra perdida o conservan fragmentos de la misma. En otros casos se trata de datos proporcionados por la mitología o por las artes plásticas. El auxilio de la mitología es relativamente eficaz dado que la temática de gran parte de la poesía es mítica. Por otra parte, las representaciones en la pintura o en la cerámica de escenas que hacen alusión a obras literarias pueden ser de utilidad para la reconstrucción de la temática. A veces, los autores latinos, que generalmente escriben considerando como modelo a los griegos, pueden suministrarnos datos valiosos sobre obras o autores perdidos.

En la labor de reconstrucción se pueden diferenciar tres fases:

a) establecimiento de la existencia de la obra perdida. Los testimonios que permiten demostrar su existencia se pueden encontrar en los escolios y en los autores de la tradición indirecta.

b) establecimiento de la temática y de la estructura de la obra. El contenido de la obra puede reconstruirse a través de las noticias proporcionadas por los escolios, la tradición indirecta, la mitología o las artes plásticas. En el caso de autores de los que conservamos otras obras, puede ser de gran utilidad para el establecimiento de la estructura el estudio de las técnicas de composición preferidas por dicho autor.

c) Reconstrucción del texto.

## 6. Ordenación y fijación de los textos literarios griegos

### 6.1. Planteamiento general

En los estudios literarios una de las primeras tareas consiste en la reunión y fijación de los textos, y en el establecimiento de la autoría, autenticidad y fecha de los mismos. Sin estos trabajos, previos a la investigación literaria, la comprensión histórica y el análisis crítico de las obras tropezaría con un grave obstáculo.

Antes de afrontar el estudio de la Literatura Griega hay que fijar el texto de las obras usurpándolo cuidadosamente de los efectos del tiempo, pues los textos son la base sobre los que se ha de apoyar y centrar nuestro estudio. En este campo la filología presta una colaboración importante a la literatura a través de la Crítica de Textos, que se ocupa de los avatares que han corrido los manuscritos y ediciones, del estudio de las variantes y, en definitiva, de la elección del texto más apropiado.

También es necesario ocuparse en las investigaciones preliminares de cuestiones tales como las de autoría y cronología, que con frecuencia se presentan relacionadas. Las obras antiguas plantean frecuentemente problemas de atribución, debido al estado a veces fragmentario en el que han llegado hasta nosotros y a otras razones como el prestigio del suplantado. Algo similar ocurre con la cronología de autores y obras. Para encontrar la solución hay que recurrir a una serie de procedimientos, tanto externos (acontecimientos históricos, políticos, etc.) como internos (prosodia, métrica, vocabulario, morfología, sintaxis y estilística), y a pesar de todo ello no siempre se consigue una conclusión satisfactoria.

